

cia al de la nuestra; lo que para nosotros es inconcebible, era para aquellos hombres muy natural; lo que á nosotros nos repugna, era para ellos muy agradable.

Al entrar en el siglo XIII, habia recibido ya la Europa el fuerte sacudimiento producido por las Cruzadas, empezaban á germinar las ciencias, desplegábase algun tanto el espíritu mercantil, asomaba la afición á la industria; y el gusto de comunicarse unos hombres con otros, unos pueblos con otros, iba tomando cada dia extension é incremento. El sistema feudal comenzaba á desmoronarse, el movimiento de los Comunes se desarrollaba rápidamente, el espíritu de independencia se hacia sentir por todas partes; y con la abolicion casi completada de la esclavitud, con el cambio acarreado por las Cruzadas en la posicion de los vasallos y siervos, encontrábase la Europa con una poblacion muy crecida, que no estaba bajo las cadenas que en las antiguas sociedades privaban al mayor número de los derechos de ciudadano y hasta de hombre, que sufría á duras penas el yugo del feudalismo, y que ademas, estaba muy distante de reunir las circunstancias necesarias para ocupar dignamente el puesto que corresponde á ciudadanos libres. La democracia moderna presentábase ya desde un principio con sus grandes ventajas, sus muchos inconvenientes, sus inmensos problemas, que nos agobian y desconciertan todavía en la actualidad, despues de tantos siglos de experiencia y ensayos. Los mismos señores conservaban aun en buena parte los hábitos de barbarie y ferocidad con que se habian tristemente señalado en los anteriores tiempos; y el poder real estaba muy lejos de haber adquirido la fuerza y el prestigio necesarios, para dominar tan encontrados elementos, y levantarse en medio de la sociedad, como un símbolo de respeto á todos los intereses, un centro de reunion de todas las fuerzas, y una personificacion sublime de la razon y de la justicia.

En aquel mismo siglo empiezan las guerras á tener un carácter popular, y por consiguiente mas trascendental y mas vasto. Los alborotos del pueblo comienzan á presentar el aspecto de turbulencias políticas: ya se descubre algo mas que la ambicion de los emperadores pretendiendo imponer el yugo á la Italia; ya no son reyezuelos que se disputan una corona ó una provincia; ya no son condes y barones, que seguidos de sus vasallos luchan entre sí ó con las municipalidades vecinas, regando de sangre y

cubriendo de destrozos las comarcas; en los movimientos de aquella época se nota algo mas grave, mas alarmante. Pueblos numerosos se levantan y se agolpan en torno de una bandera que no lleva los blasones de un baron, ni las insignias de un monarca, sino el nombre de un sistema de doctrinas. Sin duda que los señores se mezclan en la reyerta, y que á causa de su poderío se alzan todavía muy alto sobre la turba que los rodea y los sigue; pero la causa que se ventila, ya no es la causa de los señores; esta forma en verdad una parte de los problemas de la época, pero la humanidad ha extendido sus miradas mas allá del horizonte de los castillos. Aquella agitacion y movimiento producidos por la aparicion de nuevas doctrinas religiosas y sociales, son el anuncio y el principio de la cadena de revoluciones que van á recorrer las naciones europeas.

No estaba el mal en que los pueblos anduvieran en pos de las ideas, y se resistiesen á tomar por única guia los intereses y la enseña de cualquier tirano; muy al contrario, esto era un gran paso en el camino de la civilizacion, una señal de que el hombre sentía y conocía su dignidad; un indicio de que extendiendo su ojeada á un ámbito mas anchuroso, comprendía mejor su situacion, sus verdaderos intereses. Resultado natural del vuelo que iban tomando cada dia las facultades del espíritu, vuelo á que contribuyeron sobremanera las Cruzadas; pues desde entonces, todos los pueblos de Europa se acostumbraron á pelear, no por un reducido terreno, no por satisfacer la ambicion ó la venganza de un hombre, sino por el sosten de un principio, por borrar el ultraje hecho á la religion verdadera; en una palabra, se acostumbraron los pueblos á moverse, á luchar, á morir por una idea grande, digna del hombre, y que lejos de limitarse á un pais reducido, abarcaba el cielo y la tierra. Así es notable que el movimiento popular, el desarrollo de las ideas, empezaron mucho antes en España que en el resto de la Europa, á causa de que la guerra con los moros hizo que se adelantase para la Península el tiempo de las Cruzadas. El mal, repito, no estaba en el interes que tomaban los pueblos por las ideas; sino en el inminente riesgo de que, siendo todavía muy groseros é ignorantes, no se dejasen alucinar y arrastrar de un fanático cualquiera. En medio de tanto movimiento, la direccion que este tomase debía decidir de la suerte de Europa; y si no me engaño, el siglo XII y

XIII fueron épocas críticas, en que, no sin probabilidad en sentidos contrarios, se resolvió la inmensa cuestión, de si la Europa bajo el aspecto social y político debía aprovecharse de los beneficios del Cristianismo, ó si se habían de echar á perder todos los elementos que prometían un mejor porvenir.

Al fijar los ojos sobre aquellos tiempos, se descubre en distintos puntos de Europa no sé qué gérmen funesto, indicio aciago de los mayores desastres. Doctrinas horribles brotan de aquellas masas que comienzan á agitarse; desórdenes espantosos señalan sus primeros pasos en la carrera de la vida. Hasta allí, no se habían descubierto mas que reyes y señores: entonces se presentan en escena los pueblos. Al ver que han penetrado en aquel informe conjunto algunos rayos de luz y de calor, el corazón se ensancha y se alienta, pensando en el nuevo porvenir reservado al humano linaje; pero tiembla también de espanto al reflexionar, que aquel calor podría producir una fermentación excesiva, acarrear la corrupción, y cubrir de inmundos insectos el campo fértil que prometiera convertirse en jardín encantador.

Las extravagancias del espíritu humano presentáronse á la sazón con aspecto tan alarmante, con un carácter tan turbulento, que los pronósticos en la apariencia mas exagerados, podían fundarse en hechos que les daban mucha probabilidad. Séame permitido recordar algunos sucesos que pintan el estado de los espíritus en aquella época, y que además se enlazan con el punto principal cuyo exámen nos ocupa.

A principios del siglo XII, encontramos al famoso Tanchelmo ó Tanquelino, enseñando delirios, cometiendo los mayores crímenes; y no obstante, arrastra un pueblo numeroso en Amberes, en la Zelandia, en el país de Utrecht, y en muchas ciudades de aquellas comarcas.

Propalaba este miserable, que él era mas digno del culto supremo que el mismo Jesucristo; pues si Jesucristo había recibido el Espíritu Santo, Tanchelmo tenía la plenitud de este mismo Espíritu. Añadía, que en su persona y en sus discípulos, estaba contenida la Iglesia. El pontificado, el episcopado y el sacerdocio, eran, según él, puras quimeras. En su enseñanza y peroratas, dirigíase á las mugeres de un modo particular; el fruto de sus doctrinas y de su trato era la corrupción mas asquerosa. Sin embargo, el fanatismo por ese hombre abominable llegó á tal

punto, que los enfermos bebían con afán el agua con que se había bañado, creyéndola muy saludable remedio para el cuerpo y el alma. Las mugeres se tenían por dichosas si podían alcanzar los favores del monstruo; las madres por honradas cuando sus hijas eran escogidas para víctimas del libertinaje, y los esposos por ofendidos si sus esposas no eran mancilladas con la infame ignominia. Conociendo este malvado el ascendiente que había llegado á ejercer sobre los ánimos, no descuidaba el explotar el fanatismo de sus secuaces; siendo una de las principales virtudes que procuraba infundirles, la liberalidad en pro de los intereses de Tanchelmo.

Hallábase un día rodeado de gran concurso, y mandó que le trajesen un cuadro de la Virgen: entonces tocando sacrílegamente la mano de la imagen, dijo que la tomaba por esposa. Volviéndose en seguida á los espectadores, añadió: que él se había unido en matrimonio con la reina del cielo como acababan de presenciar; y así, ellos debían hacer los regalos de la boda. Inmediatamente dispuso la colocación de dos cepos, uno á la derecha, otro á la izquierda del cuadro, sirviendo el uno para recibir las ofrendas de los hombres, y el otro las de las mugeres, para que así pudiera conocer cuál de los dos sexos le amaba con preferencia. Un artificio tan sacrílego, tan sórdido y grosero, solo parecía á propósito para concitar la indignación de los circunstantes; los resultados empero correspondieron á la previsión del antiguo impostor. Los regalos se hicieron en grande abundancia, de mucho precio; y las mugeres, siempre zelosas del afecto de Tanchelmo, excedieron en larguezas á los hombres, despojándose frenéticas de sus collares, pendientes, y demas joyas preciosas.

Apenas comenzó á sentirse bastante fuerte, no quiso contentarse con la predicación; procuró formar en torno de sí una reunión armada, que le presentara á los ojos del mundo como algo mas que un simple apóstol. Tres mil hombres le acompañaban por todas partes; rodeado de tan respetable guardia, vestido con la mayor magnificencia y precedido de un estandarte, marchaba con la pompa de un monarca. Cuando se paraba á predicar, estaban en su alrededor los tres mil satélites con las espadas en alto. Ya desde entonces asomaba el carácter violento y agresor de las falsas sectas en los siglos venideros.

Nadie ignora los muchos partidarios que tuvo Eon, á quien se le calentó la cabeza por haber oido repetidas veces aquellas palabras: *per eum qui judicaturus est vivos et mortuos*; llegando á persuadirse y á propalar, que él era ese juez que habia de juzgar á los vivos y á los muertos. Bien conocidos son los disturbios excitados por los discursos sediciosos de Arnaldo de Brescia, así como el fanatismo iconoclasta de Pedro de Bruis y de Enrique.

Si no temiese fatigar á los lectores, fácil me fuera ofrecer escenas muy repugnantes, que retratarian al vivo el espíritu de las sectas de aquellos tiempos, y la funesta predisposicion que hallaban en los ánimos, amantes de novedades, sedientos de espectáculos extravagantes, y tocados de no sé qué vértigo fatal para dejarse arrastrar á los mas extraños errores y lamentables excesos. Como quiera, no puedo menos de decir cuatro palabras sobre los Cátaros, Valdenses, Patarinos de Arras, Albigenses, y Pobres de Leon, sectas que, á mas de haber tenido no poca influencia en los desastres de aquellos tiempos y en los sucesivos acontecimientos de Europa, sirven muchísimo para hacernos profundizar mas y mas la cuestion que nos está ocupando.

Ya desde los primeros siglos de la Iglesia, fué muy nombrada la secta de los maniqueos por sus errores y extravagancias. Con distintos títulos, con mas ó menos prosélitos, con mas ó menos variedad en sus doctrinas, continuó en los siguientes, hasta que en el undécimo, vino á perturbar la tranquilidad de la Francia. Heriberto y Lisoy se hicieron ya tristemente célebres por su obstinacion y fanatismo. En tiempo de S. Bernardo, sabemos tambien, que los sectarios apellidados Apostólicos se distinguian por el horror al matrimonio, mientras por otra parte se abandonaban á la mas torpe y desenfrenada licencia. Tamaños extravíos, encontraban no obstante favorable acogida en la ignorancia y corrupcion de los pueblos; pues por donde quiera que se presentan, los vemos prender en las masas, y extenderse rápidamente como un contagio. Esta secta, á mas de la hipocresía comun á todas, excogitó el ardid mas á propósito para seducir á pueblos ignorantes y groseros, cual fué, el presentarse bajo las formas de la mas rígida austeridad y en un traje muy miserable. Ya antes del año 1181, vemos que son bastante atrevidos para aventurarse á salir de sus conciliábulos, propalando sus doctrinas á la luz del dia con el mayor descaro, y que asociándose con los famosos

bandidos llamados Corterales, se arrojan á cometer toda clase de excesos. Como habian llegado á seducir algunos caballeros, y obtenido la proteccion de varios señores del pais de Tolosa, alcanzaron á formar una sublevacion temible, que solo pudo reprimirse con la fuerza de las armas. Un testigo ocular, Estéban, abad de Santa Genoveva, enviado á la sazón por el rey á Tolosa, nos describe en pocas palabras las tropelías cometidas por los sectarios: "He visto, dice, en todas partes, quemadas las iglesias y arruinadas hasta los cimientos: he visto las habitaciones de los hombres trasformadas en guaridas de brutos."

Por aquellos tiempos se hicieron famosos los valdenses ó pobres de Leon, llamados así por su extremada pobreza, su desprecio de todas las riquezas, y su traje andrajoso; y á quienes por el calzado que llevaban, se les dió tambien el nombre de *Sabots*. Sectarios que eran unos perversos imitadores de otra clase de pobres, célebres en aquella edad, que se distinguieron por sus virtudes, y particularmente por su espíritu de humildad y desprendimiento. Estos últimos, formaban una especie de asociaciones en que entraban legos y clérigos, se granjearon el aprecio y respeto de los verdaderos cristianos, y obtuvieron la proteccion de los pontífices, quienes hasta les otorgaron el permiso de dar instrucciones públicas. Los discípulos de Valdo se señalaron por un alto desprecio de la autoridad eclesiástica, y llegaron en seguida á formar gran cúmulo de monstruosos errores, presentándose finalmente como una secta contraria á la religion, dañosa á la buena moral, é incompatible con la tranquilidad pública.

Lejos de haberse podido extirpar con el tiempo esos errores, gérmen de tantas calamidades y turbulencias, se habian arraigado mas y mas en diferentes puntos; y tan mal camino llevaban las cosas, que á principios del siglo XIII no se veian ya únicamente sediciones pasajeras y disturbios aislados. Los errores se habian extendido en grande escala, se habian presentado en la arena con recursos formidables; por ellos se hallaba en el mayor conflicto el Mediodía de la Francia, encendida con la discordia civil la guerra mas espantosa.

En una organizacion política, donde el trono no tenia bastante fuerza para ejercer la necesaria accion enfiadora, donde los señores conservaban todavia los medios suficientes para resistir á los reyes y atropellar á los pueblos; cuando difundido por to-

das partes un indócil espíritu de agitacion y movimiento entre las masas, no se veia ningun medio para contenerlas, excepto la religion, cuando cabalmente el ascendiente mismo ejercido por las ideas religiosas era aprovechado de los fanáticos y perversos, para extraviar la muchedumbre con violentas peroratas en que se hacia una confusa mezcla de religion y de política, y se afectaba hipócritamente el espíritu de austeridad y desinterés; cuando los nuevos errores no se limitaban á sùtiles ataques contra este ó aquel dogma, sino que empezando por trastornar las ideas mas fundamentales de la religion, penetraban hasta el santuario de la familia, condenando el matrimonio, y provocando de otra parte abominaciones infames; cuando por fin el mal no se circunscribia á los paises, que ó por haber recibido mas tarde el Cristianismo, ó por otras causas, no habian participado tanto del movimiento europeo; cuando la arena principalmente escogida era el Mediodía, donde se desplegaba con mas vivacidad y pres-teza el espíritu humano; en semejante conjunto de funestas circunstancias, consignadas en la historia de una manera incontestable, ¿no era negro, no era proceloso el porvenir de la Europa? ¿No existia el inminente riesgo de que tomando las ideas y las costumbres una direccion errada, quebrantados los lazos de la autoridad, rotos los vínculos de familia, arrastrados los pueblos por el fanatismo y la supersticion, no volviese la Europa á sumergirse en el caos de que andaba saliendo á duras penas? Cuando el estandarte de la Media Luna tremolaba poderoso en España, dominante en Africa, victorioso en Asia, ¿era conveniente que la Europa perdiese su unidad religiosa, que cundiesen los nuevos errores, sembrando por todas partes el cisma, y con él la discordia y la guerra? Tantos elementos de civilizacion y cultura creados por el Cristianismo, ¿debían dispersarse, inutilizarse para siempre? Las grandes naciones que se iban formando bajo la influencia católica, las leyes é instituciones empapadas en esta religion divina, ¿todo debía corromperse, adulterarse, perecer con la alteracion de las antiguas creencias? El curso de la civilizacion europea ¿debía torcerse con violencia? las naciones, que se abalanzaban á un porvenir mas tranquilo, mas próspero, mas grande, ¿debían ver disipadas en un instante sus esperanzas mas halagüeñas, y retroceder lastimosamente hácia la barbarie? Este era el inmenso problema social que se ofrecia en aquellos tiem-

pos: y yo me atrevo á asegurar, que el movimiento religioso, desplegado á la sazón de una manera tan extraordinaria, que los nuevos institutos tachados tan ligeramente de simpleza y extravagancia, fueron un medio muy poderoso de que la Providencia se valió para salvar la religion, y con ella la sociedad. Sí; el ilustre español Santo Domingo de Guzman, y el Hombre admirable de Asis, cuando no ocuparan un lugar en los altares recibiendo por su eminente santidad el acatamiento de los fieles, merecerian que la sociedad y la humanidad agradecidas les hubiesen levantado estátuas. ¡Qué! ¿os escandalizais de estas palabras, los que no habeis leído la historia, ó no la habeis mirado sino al través del mentiroso prisma de las preocupaciones protestantes y filosóficas? Decidme; en aquellos hombres cuyas santas fundaciones han sido el objeto de vuestras eternas diatribas, cual si se tratase de una de las mayores calamidades del linage humano, ¿qué encontrais de reprehensible? Sus doctrinas son las del Evangelio; son esas mismas doctrinas, á cuya elevacion y santidad os habeis visto precisados á rendir solemnes homenajes; y su vida es pura, santa, heroica, conforme en todo á su enseñanza. Demandadles qué objeto se proponen, y os dirán, el predicar á todos los hombres la verdad católica, el procurar con todas sus fuerzas la destruccion del error y la reforma de las costumbres, el inspirar á los pueblos el debido respeto por las autoridades legítimas, así eclesiásticas como civiles; es decir, encontrareis en ellos la firme resolucion de consagrar su vida al remedio de los males de la Iglesia y de la sociedad.

No se contentan con estériles veleidades, no se satisfacen con algunos discursos, ni con esfuerzos pasajeros, no encierran el designio en la esfera de sus personas, sino que estendiendo su ojeada á todos los paises y á los tiempos del porvenir, fundan institutos cuyos miembros pueden esparcirse por toda la faz de la tierra, y trasmitir á las generaciones venideras el espíritu apostólico que les infunde tan elevadas miras. La pobreza á que se condenan es estremada, los hábitos con que se cubren son groseros y miserables; pero si no comprendéis una de las profundas razones de semejante conducta, recordad que se proponen renovar el espíritu evangélico, á la sazón tan olvidado; recordad que van á encontrarse muy á menudo, cara á cara, con emisarios de sectas corrompidas, y que estos emisarios se esfuerzan en reme-

dar la humildad cristiana, afectan un extremo desprendimiento, y hacen gala de presentarse al público con el traje de mendigos; recordad que van á predicar á pueblos semibárbaros, y que para apartarlos del vértigo del error que ha comenzado á señorearse de las cabezas, no bastan palabras, aunque vayan acompañadas de la regularidad de una conducta ordinaria; necesitan ejemplos sorprendentes, un modo de vida edificante en extremo, y todo acompañado de un exterior que hiera vivamente la fantasía.

El número de los nuevos religiosos es muy crecido, se aumentan sin tasa en todos los países donde se establecen; no se limitan á los campos y á las aldeas, sino que penetran en las ciudades mas populosas; pero adviértase que la Europa no está ya formada de un conjunto de pequeñas poblaciones y miserables caseríos apiñados al rededor de un castillo feudal, obedeciendo humildemente los mandatos y las insinuaciones de un orgulloso baron, ni tampoco de algunas aldeas en torno de opulentas abadías, escuchando dócilmente la palabra de los monges, y recibiendo con gratitud los favores que se les dispensan. Número considerable de vasallos ha sacudido ya el yugo de los señores, poderosas municipalidades van apareciendo en todas partes; en presencia de ellas el feudalismo tiembla, y repetidas veces se humilla. Las ciudades van haciéndose cada dia mas populosas, cada dia van recogiendo familias nuevas, por la emancipacion que se va realizando en las campiñas: la industria y el comercio comenzando á brotar, ofrecen mayores medios de subsistencia y promueven la multiplicacion. Así es que la accion religiosa y moral sobre los pueblos de Europa, debe ejercerse en una escala mas vasta, deben emplearse medios mas generales, que partiendo de un centro comun y libres de las trabas ordinarias, puedan llenar el objeto que les señalan las apremiadoras necesidades de la época. Hé aquí los nuevos institutos religiosos, con su asombroso número, sus muchos privilegios, y su inmediata dependencia de la autoridad del papa.

El mismo carácter algo democrático, que en estos institutos se observa, no solo por reunir en su seno hombres de todas las clases del pueblo, sino tambien por su organizacion gubernativa, era muy á propósito para hacer eficaz su influjo sobre aquella democracia turbulenta y fiera, que orgullosa de su reciente libertad, no simpatizaba fácilmente con nada que presentase formas

aristocráticas y exclusivas. En los nuevos institutos religiosos encuentra cierta analogía con su propia existencia y origen. Aquellos hombres han salido del pueblo, viven en continua comunicacion con el pueblo, visten groseramente como el pueblo, son pobres como el mismo pueblo; y así como el pueblo tiene sus reuniones, y nombra sus municipalidades y sus alcaldes, así ellos tienen sus capítulos, y eligen sus respectivos superiores. Los nuevos religiosos no son anacoretas que habiten en lejanos desiertos, no son monges que se alberguen en opulentas abadías, no son eclesiásticos cuyas tareas y funciones estén circunscritas á un país determinado; son hombres sin morada fija, que tan pronto se los halla en la ciudad populosa como en la miserable aldea; hoy se encuentran en el centro del continente, mañana están á bordo de una nave, que los conduce á peligrosas misiones en los países mas remotos; tan presto se los ve en el palacio de un monarca, ilustrándole con sus consejos y tomando parte en los altos negocios del Estado, como en el hogar de una familia oscura, consolándola en sus infortunios, apaciguando discordias, ó dándole parecer sobre los asuntos domésticos. Los mismos hombres que figuran con lustre en las cátedras de las universidades, enseñan el catecismo á los niños en un humilde pueblo; los mismos que predicán en la corte en presencia del rey y de los grandes, esplican el Evangelio en el púlpito de la mas desconocida parroquia. El pueblo los ve en todas partes, con ellos se encuentra siempre, tanto en medio de la dicha, como de la desgracia; siempre los halla dispuestos, ora sea para tomar parte en la alegre fiesta de un bautismo que llena de regocijo á la familia, ora para llorar una muerte que la ha cubierto de luto.

Fácil es concebir la fuerza y el ascendiente de semejantes instituciones: su influencia sobre el ánimo de los pueblos debió de ser incalculable; y las falsas sectas que con sus pestilentes doctrinas se proponian estraviar la muchedumbre, se encontraron con un nuevo adversario que las desbarataba completamente. ¿Se quiere seducir á los incautos ostentando mucha austeridad, mucho desprendimiento, é hiriendo la imaginacion con un exterior mortificado, con trages pobres y groseros? Los nuevos institutos reúnen estas calidades de un modo extraordinario, y así la doctrina de la verdad no carece del cortejo con que se hace acompañar el error. ¿Surgen de entre las clases populares vio-